

AVENTURAS DE UN LINGÜISTA EN LA SABANA

Pablo Galindo Arlés, 1 de diciembre de 2014

El principio de la palabra escrita no fue el verbo sino la imagen. Más tarde el pictograma de la “Serpiente” nos dejaría como un trofeo la piel seca de la letra “S” inicial. Y las vocales “o”, “a” de la palabra “boca” mostrarían de labios para afuera su condición abierta, redondeada. El hombre captó la idea de que los sonidos también pueden ser dibujados con una metáfora igual que las “ideas” o “figuras” de la mente. Pero hasta que la escritura fonética se inventará tuvieron que pasar muchos siglos. En la escuela elemental el dibujo de las letras precede a su sentido como el Bautista anuncia al Mesías. Del pincel se pasa al lápiz y de los tebeos al Quijote sin ilustraciones.

Pues bien, ¿cuándo y dónde nació la primera escritura de sonidos? No podemos afirmarlo rotundamente. En cualquier caso tuvo que ser ciertamente en un pueblo o área geográfica con una tradición de arte visual y musical. ¿Serían las primeras voces escritas algún salmo, un canto religioso o una fórmula mágica con propiedades curativas?

En una pintura rupestre australiana que cuenta aproximadamente unos diez mil años vemos pintado a un cazador aborigen disparando una lanza sobre un animal similar al avestruz. El cazador, oculto tras unas ramas, luce un imponente peinado y tiene la cabeza algo caída hacia atrás como para tomar impulso al proyectar la jabalina. Unos puntos o marcas señaladas en la piedra indican la trayectoria del proyectil cinegético hasta hundirse en el cuerpo de la gallinácea. Sin embargo, el trazo continuo que indica el movimiento real se aparta algo del camino indicado por la guía punteada. ¿Son éstas una preparación para la línea continua que no se logra por torpeza saliéndose del camino esbozado?

El rastro de las serpientes en el desierto había acostumbrado al pintor a materializar el movimiento en un trazo continuo. Y las propias huellas del hombre, o de cualquier animal cuadrúpedo, le enseñaban que una trayectoria lineal está formada de sucesivos puntos discontinuos. La cuerda de lino puede dividirse en pequeños trozos y la punta de la flecha nos marca la dirección del recorrido.

Ahora bien, el dibujo tiene una particularidad importantísima desde el punto de vista de la lingüística. De la boca del hombre y del pico del ave terrestre salen igualmente una serie de puntos marcados. Aquí no se trata ya de una discontinuidad espacial. El hombre primitivo nos demuestra gráficamente que entiende ya los sonidos como si fueran un compuesto divisible en unidades menores. El animal y los hombres gritan y esas voces, como una paloma saliendo de la chistera, vuelan lo mismo que una lanza arrojada al corazón del emú. ¿No puede partirse o quebrarse la voz? El silencio ¿no rompe el sonido? Están ya puestos los raíles del análisis lingüístico que nos llevará al descubrimiento revolucionario de las sílabas y más tarde de los fonemas. Todavía hoy acostumbramos a cortar el continuo de la palabra hablada mediante espacios en blanco. En cierto diálogo de un humanista

valenciano del siglo XVI un niño le dice a un compañero que las letras latinas se parecen a pequeñas hormigas. Y esas motitas negras son las mismas que salieron, como semillas o rayitas de morse, de la boca del cazador australiano hace unos diez mil años.

